



PRO SENECTUTE

Tú que emprendiste bajo albor temprano
La áspera senda con ardiente brío,
Y hora inclinado y con andar tardío
Rigiendo vas el báculo de anciano :

Torpe el sentido y el cabello cano
No te acobarden ; ni en sepulcro frío
Contemples con doliente desvarío
De rápido descenso el fin cercano.

Fúlgida luz la vista te oscurece ;
Argentó tu cabeza nieve pura ;
Cesas de oír, porque el silencio crece ;

Te encorvas, porque vences la fragura ;
Anhelas, porque el aire se enrarece ;
Llegando vas á coronar la altura.

RAFAEL POMBO

« Lo que sobre todo es de admirar en Pombo es la sencillez, al parecer al menos sin arte, con que dice cosas muy bellas, que por lo mismo que están dichas tan sencillamente parecen más bellas y penetran mejor y más hondo en el alma », dice D. Juan Valera en las *Cartas Americanas*. Ya Pombo era conocido en toda la América Española por su apasionada poesía *Mi Amor*, puesta en boca de una mujer (*Edda*), y por la sentidísima á *Elvira Tracy*; y sus composiciones posteriores, de entonación aun más alta y majestuosa, tales como su oda *En el Niágara*, publicada por primera vez en *El Repertorio Colombiano*, no han hecho más que confirmar el juicio que los doctos se habían formado del poeta. Una de sus más bellas é inspiradas producciones en el género elegíaco es *Una Señora sobre la muerte de su esposo*, y en el patriótico *El 9 de Diciembre*. Domina en ésta un tono tal de desaliento, de tristeza, que raya en arrepentimiento por la independencia americana; y el himno de alabanza á las hazañas y sacrificios de los héroes que la dieron, es al propio tiempo un terrible anatema á la ambición y la codicia que se han apoderado de la mayor parte de los gobernantes de América y que son la causa principal de sus constantes revoluciones. Véase si no:

¿Do están ¡oh Dios! tus mágicos prospectos?
¿Por qué allí no cerraste nuestra historia
Antes de que acudiesen los insectos
Á devorar la mies de tanta gloria?

.....
Besara yo ese polvo, y, como el perro
De aquellos dioses persiguiera el rastro
Prófugo de esta edad del vil Becerro
Do la nostalgia de lo grande arrastro.

Porque pasó la fiebre de la gloria
Y quedó en esqueleto el egoísmo
Parodiando raquítico la historia
Y hambriento devorándose á sí mismo.

En resumen, á Pombo mismo es aplicable lo que él ha dicho de otra gloria colombiana: « Es poeta, y altísimo poeta ». Es tal la idea que él tiene de la excelsitud de la poesía y la belleza del arte, que nunca ha querido hacer ni que se haga colección de sus versos; porque, dice, en una gran reunión de ellos, tiene que haber muchos malos. Son, asimismo, generalmente conocidas y apreciadas sus traducciones de Horacio y de Longfellow. Pombo nació en Bogotá el 7 de Noviembre de 1833, y es miembro de la Academia Colombiana y su secretario perpetuo.

EN EL NIÁGARA

(CONTEMPLACIÓN)

DEDICADA EN PRENDA
DE RESPETUOSA ADMIRACIÓN Y DE PROFUNDO RECONOCIMIENTO
Á LA SEÑORA MARÍA JUANA CHROSTIE DE SERRANO

¡ Ahí estás otra vez!... El mismo hechizo
Que años ha conocí: monstruo de gracia,
Blanco, fascinador, enorme, augusto;
Sultán de los torrentes
Muelle y sereno en tu sin par pujanza.
¡ Ahí estás! ¡ siempre el Niágara! Perenne

En tu estático trance, en ese vértigo
De voluptad tremenda, sin cansarte
Nunca de ti, ni el hombre de admirarte.

¡ Cómo cansarse! La belleza activa,
La siempre viva porque siempre pura,
No puede fatigar. Hija perfecta —
Sin medio humano — del excelso *fiat*
Que perpetuaron leyes inviolables
En su incesante acción; mimada hermana
Del firmamento, de la luz, del aire;
Huésped no expulsa del Edén perdido:
Esta hermosura es creación constante
Y original, donde trasciende el soplo
De su Autor soberano. Algo nos dice
Que allí está Dios: el néctar de embeleso
Y de reparación que á un tiempo mana.
Al contemplarla en nuestro fondo bullen
Los dormitados gérmenes divinos,
Cual hierve al sol el ánima viviente
De la Naturaleza; y surge ansioso
El amor de familia, el de la eterna
É indisoluble; y como al mar la gota
Emancipada al fin de térreos lazos,
Como del pecho de la madre el niño,
Mudos de íntimo gozo nos prendemos
En comunión de eternidad con ella.
¿ Podrá Dios fatigar? ¡ Ah! en lo que había
Hay encanto letal, triste principio
De inercia, hostil á Dios, germen de muerte,
Gangrena de las almas secuestradas
De su raudal vivífico....

Mas, ¿dónde
 Mi mente descendió? Llámala al punto,
 ¡Oh Niágara! y en ti la imagen vea
 De las almas triunfantes; mire al Héroe
 Sublime en su martirio; al Genio mire
 Sereno en la conciencia de su fuerza.
 Distráeme, diviérteme, museo
 De cataratas, fábrica de nubes;
 Mar desfondado al peso de tus ondas;
 Columnas que un omnipotente Alcides
 Descolgó del Olimpo, entre dos vastos
 Mediterráneos piélagos de un mundo (1).

Sigues, gigante excéntrico, gozando
 Tu solitaria, inmemorial locura,
 Digna de un Dios. Descadenada sueltas
 Del valle por la rápida pendiente
 Tu oceánica mole; y poseído
 Del raptó á que impetuoso te abandonas,
 Ebrío del regocijo de tu fuerza,
 No adviertes que ya el hombre ha sorprendido
 Este retozo de titán, violando
 La agreste soledad; y que en tus bordes
 La hormiga semidió bulle, y se empina
 Á medirse contigo... ¡Ah! ¡qué te importa!
 No cabes en la tierra, y de un arranque
 Vas á tomar por lecho el Oceano.

(1) El Niágara no es, como el Tequendama, una catarata, sino una vastísima línea de cataratas, caprichosamente dispuestas. El contraste que hace con el estrecho, altísimo, sombrío y pavoroso Tequendama, no puede ser más completo.

De los más lejos términos del globo
 Á visitarte vienen y á elevarse
 Con tu contemplación, reconociéndote
 Sin rival hermosura. En tus orillas
 Un sentimiento en lenguas mil proclama
 La grandeza de Dios y el inocente
 Triunfo de la inmortal Naturaleza.
 Heredia te tributa entusiasmado
 El Niágara de su alma, pavoroso
 Muy más que el de tus ondas; el activo
 Cíclope anglosajón, probando al mundo
 Que es digno amo de ti, con puente aéreo
 Salva tu abismo inmenso; y por su mano
 Te da su abrazo atlético de hierro,
 Esto que el hombre (insecto de un instante
 Y atolondrado por su instante) llama
 La Civilización. El cielo mismo
 Tiende á tus pies esos divanes de ángeles,
 Nácar del firmamento; y oponiendo
 Á un puente, mil; al arte de los hombres
 El del Señor, suspende caprichoso —
 Cual la sonrisa de la paz del alma
 Entre los estertores del que muere —
 Su iris tranquilo en medio á tu desastre.

Basta para tu gloria, insigne muestra
 Del Manantial de las bellezas; ara
 De la perpetua admiración del hombre.
 Yo, nada podré darte, aunque aspirara
 Á unir mi nombre á tu famoso nombre;
 Que soy la misma sombra que otro día
 Á tus umbrales se asomó impasible,

Fantasma evanescente que en silencio
 Va atravesando entre tu niebla fría....
 Si al estruendo volcánico, profundo
 De tu derrumbamiento, cimbra en torno
 La tierra estremecida, el viento llora,
 Y aun tu cuenca de piedra conmovida
 Sonora te responde : ¡ay! entre tanto
 Sordo mi corazón no te percibe
 Ni en mi alma hierve el frenesí del canto.

Pero ¿qué á ti, si el mismo de aquel día
 Ahí estás, en tu pompa y magno aliento,
 Como yo aquí, perenne en mi aislamiento
 Y en su tedio infinito el alma mía!
 Hoy te recorren otra vez mis ojos,
 Mustios y melancólicos como antes,
 Divino anfiteatro,
 Do entre un misterio de borrasca y nieblas
 Luchan, cual en eterna pesadilla,
 Monstruos de roca y Amazonas de agua.
 En mí no hay lucha, no ; y en tu presencia,
 Más que tu alta beldad, me maravilla
 Mi absorta postración, mi indiferencia.

Ese lago de leche que dormido
 Yace á tus pies ; esas tendidas hojas
 De cuajada esmeralda, opacas, turbias,
 Manto marino que tu cauce vela,
 Cuyas inertes, aplanadas olas
 Atónitas al golpe, ignoran dónde
 Seguir corriendo ; ese ancho remolino
 Que abajo las aguarda, y retorciéndose

Al empuje del mar que lo violenta
 Yérguese al centro, y cual pausado boa (1)
 En silencio fatal se enrosca, y nunca
 Suelta la presa que atrayente arrolla :
 Allí más bien estoy ; ése el mar muerto
 De mi existencia, y el designio arcano
 Que en giro estéril me aletarga y me hunde.

¿Dónde ¡oh Heredia! tu terror? Lo anhelo
 Y no puedo encontrarlo. ¡Ah! no serías
 Tan infeliz cuando esto te aterraba,
 Si aquí la dicha palidece y tiembla,
 Aquí por fin respira
 La desesperación : sobre estos bordes
 Alza ella sus altares ; de ese abismo
 En el tartáreo fondo
 Á voluptuosidades infernales
 Un genio tentador la está llamando....
 No, nada alcanza á dar pavor en toda
 La alma Naturaleza ; el mal más grave
 Que hace, es un bien : servirnos una tumba,
 Un lecho al fatigado. Ella es un niño —
 Siempre inocente, y candorosa, y dulce —
 Nodriz en fin que la bondad del Cielo
 Concedió al hombre....

¡ El hombre ! ése es el monstruo
 (¡ Bien lo supiste, Heredia !) ése es el áspid
 Cuyo contacto me estremece ; el áspid
 Que cuerpo y alma pérfido emponzoña ;

(1) La Real Academia, de acuerdo con el uso en España, da á *boa* el género femenino ; pero como en Colombia se dice *el boa*, creemos que este sustantivo puede calificarse de ambiguo.

Sempiterno Satán de ajenas vidas
 Y aun de la propia ; turbador de tanto
 Terrenal paraíso que Natura
 Brinda obsequiosa, y de cualquiera escena
 De orden y paz ; beldad que á su memoria
 Presentará la aborrecida imagen
 Del malogrado bienestar celeste.
 ¡ El hombre ! injerto atroz de ángel y diablo,
 Enemigo mortal de cuanto asciende
 La escala etérea en descollante copia
 De la Divinidad... ¡ Aparta, oh monstruo !
 ¡ Aquí, Naturaleza ! Yo, á la vista
 De este río de truenos — fulgurante
 Cometa de las aguas — no querría
 Sino abrazarme dél, como aquel iris
 Que en su columna espléndida serpea,
 Y, como él, ni sentido ni sensible,
 Desparecer... Eres tan grande, ¡ oh Niágara !
 Es tan irresistible tu embeleso,
 Tu majestad, que el infortunio humano,
 Á no haber otro Dios, te adoraría.
 Dios de la blanda muerte, á quien en vano
 Jamás acudiría
 Á descargar su insoportable peso....

Perdón, ¡ oh madre mía,
 Mártir idolatrada ! Hoy es la fecha
 En que allá en nuestro hogar, alegre un tiempo,
 Tu nombre festejábamos. Imploro
 De hinojos tu perdón. No es culpa tuya
 Deberte yo tan miserable vida.
 Hoy me salvas de nuevo ; hoy, por ti sola,

Por tu ternura infatigable, ardiente,
 Tu hijo infeliz se inmola —
 Se inmola, sí — viviendo nuevamente....

Aquí, al salir del templo, venir usan
 Los desposados. Su segundo templo,
 Su ara de amor es ésta ; aquí se sienten
 Como fuera del mundo y ya en los brazos
 De ese Dios, todo amor, todo clemencia,
 Que les bendijo ; y al más bello y puro
 Torrente, arrojan el jazmín primero
 De su fresca guirnalda....

¡ Duerme, duerme,
 Casta y dulce visión ! duerme al arrullo
 Del mismo padre Niágara que un día
 Recién nacida te arrulló (1), y no ha mucho
 Recién feliz te prometió arrullarte.
 Duerme, y al par que á tus guirnaldas llegue
 El perdurable réquiem que él te canta,
 Llegue á tu alma mi oración profunda,
 Llegue mi bendición á tu memoria.
 ¡ Bendita porque amaste ! más bendita
 Por no ser ya mujer, porque moriste
 Y desapareciste y descansaste,
 Y descansó mi espíritu en tu fosa.
 Todo acabó, perfectamente todo,
 Como el Señor lo quiso... Hoy el ausente
 Regresa al fin cerca de ti. Bien cerca
 Estamos otra vez : tú en tu sepulcro

(1) En la vecina ciudad de Buffalo. Las *guirnaldas* á que luego se alude son las sepulcrales, muy numerosas en los cementerios norteamericanos.

Muerta, ¡es verdad!... y yo quizá más muerto
 Que tú, sobreviviéndome á mí mismo....
 ¡Silencio! ¡paz! No turbarán mis voces
 Á la que fué; más fácil turbarían,
 Niágara, tu tremendo arrobamiento.

En ti parece que comienza el mundo
 Soltándose de manos del Eterno,
 Para emprender su curso sempiterno
 Por el éter profundo.
 Eres el cielo que á cubrir la tierra
 Desciendes, y velada en blancas nubes
 La majestad de Dios baja contigo.
 Siempre nuevo, brillante, en movimiento,
 Siempre fecundo, poderoso y fuerte
 Como el vivo raudal de hirviente savia
 Que de los pechos deslumbrantes brota
 De la madre común Naturaleza,
 Despliegas tu grandeza en tu caída,
 Y alzas de aquel abismo al firmamento
 El himno de la fuerza y de la vida.
 Mas para mí la vida es un sarcasmo,
 Mi mundo ha concluído,
 Mi alma es hoy incapaz del entusiasmo,
 Y á quererte cantar, mi canto fuera
 Del despecho el rugido
 Ó un de profundis de cansancio y muerte.
 Por variar de tedio únicamente
 Á contemplarte, Niágara, he venido;
 Y al volverte la espalda indiferente
 Limpio de tu vapor mi helada frente
 Y te pago tu olvido con olvido.



HIMNO AL TRABAJO

¡Siempre es padre el Señor! Cuando Él
 Sus golpes mismos paternos son. [condena
 Nos impuso el Trabajo como pena,
 Y aun esa pena es una bendición.

La vista del Señor colmaba un día
 La gloria humana. El hombre la perdió;
 Nuestra vida sin Él quedó vacía,
 El trabajo y sólo él nos la llenó.

Y si antes era el hombre rey del mundo
 Por reflejar sin mancha el Sumo Bien,
 Fuélo después por el sudor fecundo
 Que en claras perlas coronó su sien.

Y allí el blasón de su nobleza nueva,
 Sus títulos allí de propiedad;
 Allí el mejor obsequio para Eva,
 Allí el Edén de la segunda edad: —

El dulce Hogar — alzado por sus manos,
 Pagado con el oro del Amor,
 Donde sus frutos rendirán los granos,
 Donde las plantas abrirán su flor;

Y á cuya mesa, entre auras de jazmines,
Vendrá del cielo el cotidiano pan,
Como en alas de alegres serafines
Que á comerlo con él se sentarán.

Y Eva y su Adán, con tal amor y encanto
Querrán su nuevo familiar verjel
Que, si al hecho por Dios lloraron tanto,
Ya no trocaran éste por aquél.

Es obra del Trabajo... ¡ Oh tú, mil veces
Bendita pena ! ¡ santa esclavitud !
¡ Tú, que á los más humildes ennobleces,
Compañero y guardián de la Virtud !

Que cuando la Virtud bajó del Cielo
Te encontró á ti, su hermano terrenal ;
Y tú consagras el placer y el duelo
Y huye de ti la tentación fatal.

Tú, amar la vida en la virtud nos haces,
Cual su lid bien lidiada al paladín,
Y amar la inmensa tierra, do te places
En señalar *tu* tierra y *tu* jardín ;

Y haces amar á los demás, que iguales
Ante tu ley, cuantos la cumplen, son ;
Y cada cual recibe sus jornales,
Y tendrá cada cual su galardón.

¿ Tu galardón ? Lo gozas ya en ti mismo :
Tranquilo sueño, fresco despertar,
Conciencia en paz, fruiciones sin guarismo,
Salud aquí, derecho á descansar ;

Derecho á la Esperanza, que en el mundo
Y allende el mundo, siempre sonrió,
Aun sobre el cabezal del moribundo,
Al que *con su trabajo* la compró.

Derecho al sol — á no evitar su vista
Ni la de hombre ninguno. — En tu lugar,
Tú, no por nacimiento, por conquista
Eres más rey que en su palacio el Czar.

Para ti la sonrisa de la tierra,
Que tú embelleces, que enriqueces tú,
Do sólo en ti la libertad se encierra
Como en el ocio eterna esclavitud.

Do faltas tú, todo es miseria y vicio ;
Do llegas tú, la redención llegó.
La opulencia sin ti... ¡ duro suplicio
Que al jornalero mísero envidió !

Tú y sólo tú — no el oro ni la espada —
Haces rica y potente á una nación.
La riqueza sin ti, vicia y degrada ;
Y Dios la espada condenó al talión.

Naturaleza entera, esclava tuya,
Lámpara de Aladino es para ti.
Donde una vena urífera concluya
Tú harás que otra mayor surja de allí.

Los astros mismos ríndente tributos,
Y sigue el Tiempo el rastro de tus pies.
Se acerca el sol por madurar tus frutos ;
Llueve, para dar germen á tu mies.

Y á cada golpe de tu azada el Cielo
Responde fiel con una bendición ;
Y pulsa agradecido, bajo el suelo,
De nuestra madre Tierra el corazón.

Pero es tu privilegio dulce y santo,
Que ángeles en el Cielo envidiarán,
Poder con tu sudor rescatar llanto
Y partir con los míseros tu pan.

¡ Salve, oh segundo creador del mundo !
¡ Numen de independencia y de virtud !
¡ Adversario del Mal ! ¡ Padre fecundo
De toda humana fuente de salud !

Do ayer todo faltaba, hoy por ti sobra,
Que en ti de Dios la voluntad se ve ;
Mágico irresistible, oración de obra,
Omnipotente brazo de la Fe.

¡ Grande y feliz el pueblo donde tú halles
En cada corazón culto y altar !
Que obstáculo no habrá que no avasalles,
Ni pabellón que dejes humillar.

Cual se renueva en tu labor la tierra,
Tú al hombre lo renuevas de raíz ;
Y al viril pueblo que extirpó la guerra
Lo harás resucitar grande y feliz.

—
¡ Y tú, sudor y lágrimas del alma !
¡ Labor de lo alto ! ¡ excelsa POESÍA !
Tu premio no es el oro... ¡ Ah si mi palma
El amor fuese de la PATRIA mía !



ELEGÍA

UNA SEÑORA SOBRE LA MUERTE DE SU ESPOSO

(EL SEÑOR ANTONIO OSPINA)

Cual cisnes que en sosiego se deslizan
Uno es pos de otro en plácida laguna ;
Cual nubecillas que en Diciembre rizan
El cielo azul en torno de la luna :

Así, con esa paz, con ese encanto
Junto á ti mi existencia resbalaba ;
Y si lloraba alguna vez, mi llanto
La miel de tu cariño lo endulzaba.

Era modesto nuestro hogar bendito,
En nuestros cofres no abundaba el oro,
Pero tu corazón era infinito
Y de más precio que el mejor tesoro.

Tu amor genial, cual deliciosa lumbre,
Daba en redor satisfacción y abrigo.
La tierra, en que penar es la costumbre,
No era valle de lágrimas contigo.

Si el mucho trato excluye la blandura,
Tú ni en ficción ocasionaste agravios ;
Nunca faltó en tu acento la ternura,
Ni la sonrisa en torno de tus labios.